

A vosotros, los sabios de Salamanca, de Oviedo, de Santiago, de Valencia, de Granada, de Sevilla, de Zaragoza... A vosotros, los de la Universidad Central, tanto si directamente en ella entrasteis, como si habiéndoos desprendido de nosotros (de los de distrito), habéis creído mejorar, por el hecho de cambiar de residencia. A todos os tengo por amigos, y de todos por deudor me considero; pues os debo el inefable placer de haberme deleitado con la lectura de los hermosos partos de vuestros fecundísimos ingenios.

A vosotros, que me habéis proporcionado la dicha inexplicable de ver como España vale mucho, por la sola comparación entre vuestras obras magistrales y los trabajos extranjeros. A vosotros os estoy reconocido, porque me he sentido más orgulloso todavía de haber nacido en nuestra hermosa España.

Porque, realmente, el suelo de España, es un suelo excepcional. Parece que es tal la fuerza de su fertilidad, que en cayendo en él una semilla, sea de la índole que fuere, luego arraiga, se desarrolla, crece y fructifica; pero, si esta semilla lo es de artes, de industria, de filosofía, o de ciencia, entonces, todavía se acrecienta su poder, y produce esos ejemplares gigantescos que el mundo entero, aun pretendiendo rechazarlos, forzosamente los admira.

Vienen los árabes a España: en Arquitectura, inventan formas de una riqueza inconcebible. Construyen la Alhambra, que es cuanto el genio humano puede llegar a concebir: su cerámica es modelo permanente de buen gusto; su orfebrería, si con dificultad es imitada, dicho está que por nadie es superada; en ciencias, en astronomía, en matemáticas y en filosofía, especialmente, no conocen rival en todo el orbe. Nadie olvidará,

mientras existan pensadores, los grandes nombres de Alvenzoar, maestro de Averrhoes, ni de Avenpace, ni, sobre todo, el eximio nombre de *Tofail*.

Los judíos españoles parecen ser otra clase de hombres que la que constituyen los judíos extranjeros. Porque se les consideraba, sin vacilación, sin duda alguna, como los primeros, los principales, los maestros, los grandes, los eximios. En España reciben todos, indistintamente, el venerable nombre de *tanaím*: nombre que, traducido a nuestra lengua, significa literariamente *maestro*. A todos los judíos españoles se les denominó, por sus correligionarios de otros países, con un superlativo, del que todavía no se abusara en aquel tiempo: con el de *sapientísimos*.

Para que nos formemos una idea de los obras que en aquellas épocas oscuras escribieron (en el siglo XI, empezando por comentarios al *Talmud*), bastará decir que en la *Biblioteca de Rodríguez de Castro*, especial, de autores *rabínicos*, aparte de los *matemáticos*, *cabalistas*, *astrónomos*, *teólogos*, *médicos* y *gramáticos*; tan sólo, con los que trataron de *Filosofía*, se cuentan más de ciento cincuenta autores diferentes.

XXIII

Escribo estas líneas en la ciudad de Barcelona: la ciudad mercantil, industrial y financiera por antonomasia, según antigua tradición y fama.

Pero, ¿es en verdad este aspecto el que distingue a Barcelona? ¿Acaso no es más que esto? ¿No es artística, científica, literaria, centro de turismo, de deportes, de manifestaciones líricas, cómicas, dramáticas,

y de todas las actividades que vienen a ser pasto de la inteligencia, de la sensibilidad, del buen gusto, y de otra multitud, incontable, de modalidades de nuestra alma?

Es todo esto; pero es mucho más aún. No sé que haya existido nunca ciudad alguna que nos ofrezca un trabajo intelectual de tal extensión y tal grandeza.

Pocos datos seránme suficientes para demostrar palpablemente que, antes bien que una infinito número de brazos, es un cerebro colosal del que pocos se dan cuenta.

Le ha pasado una cosa rara, rayana en lo fabuloso o inverosímil. Ha crecido en habitantes de una manera enorme; pero este crecimiento resulta muy pequeño, cuando se le compara al de las manifestaciones ostensibles de su vida. La población ha crecido como el cuadrado; y estas actividades, como el cubo. De manera que cuando los habitantes han aumentado en proporción aritmética, el movimiento lo hizo en proporción geométrica. En otros términos: las *producciones vivientes* son el logaritmo de los seres vivos.

Así, en cosas puramente intelectivas, vemos que una *Enciclopedia* sirvió un día de característica, de *una centuria* y de *un país*. Barcelona, en estos momentos, está publicando *seis enciclopedias* por lo menos, que apenas tienen rival, si consideramos una sola de ellas, en comparación del conjunto de las que están saliendo en Europa y en América.

Pero, además de estas cinco o seis *Enciclopedias*, se están publicando un número inmenso de obras, cuyo carácter es enciclopédico también.

Son tantos los libros, revistas, folletos, periódicos, semanarios, que incesantemente van brotando de las

prensas, que, si se utilizara el papel para formar una columna, a buen seguro que no terminaría hasta la luna.

Pero, ¿todo esto se lee en Barcelona? ¿Es posible, acaso? ¿Hay tantos ojos y tantos cerebros, para abarcar los millones de pliegos que cada día se publican?

En gran parte, sí; pero hay otra parte, que sale por el puerto: va del Mediterráneo al Atlántico, llega a las Antillas, a la América Central, al Golfo de Méjico, al Pacífico, a la América del Sur, a todas partes donde hay hombres que sepan español; así como si fuera una *corriente del Golfo*, que arrastrara por los mares las *inteligencias españolas condensadas*; la *idea* convertida en *signo escrito*; el *verbo* entretelado en las fibras del *papel*, para que, llevando a regiones tan remotas este recuerdo de la madre patria, les mandara con ellas un dulce beso y un amoroso abrazo, con el solo objeto de que jamás pudieran olvidarse de su primitivo origen, de su origen español, de su alma española: de los cantares que aprendieron en su cuna, de los ruegos que sus labios balbucearon, unos y otros en la lengua patria, ya castellana, ya catalana, ya gallega, ya vascuence; pues todas ellas forman las brillantes flores que contribuyen a integrar la gran corona: la corona de la gloria inmarcesible, la significación excelsa de la veneranda España.

No creáis, señores míos, que cuanto digo sea lenguaje artificial y figurado. No: es mi corazón quien habla; mi corazón, que cuando late, siente; que si el padre que me engendró fué catalán, la madre que en su seno me dió su propia sangre vió la luz del día en las sonrientes playas de la América española.

Por esto soy tan español; por esto soy tan catalán; por esto, cuando aprendía las dos lenguas a la vez, a

una y a otra por igual quería. Parecíame que eran mi honrado padre y mi madre cariñosa, que en unión indivisible, pero conservando cada uno su individualidad especial, se habían juntado para enseñarme la manera como se *siente* en la *intimidad* del *alma*, y como se *expresa*, en la *exterioridad* del *cuerpo*.

XXIV

Cuando oigo el absurdo de que los estudiantes extranjeros saben mucho más que los de nuestra tierra; que los de aquí salen de la Escuela con un título, que más les sirve de adorno que de certificado de aptitud; les pregunto entonces: ¿Acaso dura más años la carrera en Francia, Inglaterra, Suiza o Alemania, que en España? Y me tienen que contestar; que antes sucede lo contrario. Acaso, digo, ¿los días franceses y las noches francesas, o los de Inglaterra, o de Italia, o de Suiza, son más largos que nuestros días y que nuestras noches? ¿Por ventura no tienen aquellos países distracción ninguna, que les robe el tiempo que el estudio exigiría? ¿Hay tal vez, en esos sitios, fábricas especiales para afilar ingenios? ¿Despertadores, acaso, de memoria? ¿Aguzadores de facultad imaginativa? ¿Abonos específicos, para la capa cortical del hemisferio?

Si no hay adulación en mis conceptos, respecto a lo que a mis compañeros se refiere, esta ilustre Asamblea se hará cargo de que tampoco podré adular a mis alumnos. Es porque la adulación no cabe en mí, y es también porque tampoco el estudiante necesita de ella, para ser ensalzado como en realidad merece.

Nuestros alumnos, generalmente, según yo lo entiendo, exceden en saber a la mayor parte de los alumnos extranjeros. Por de pronto, todos son algo políglotas; todos conocen el francés, muchos el alemán bastantes el inglés, y ni uno de ellos deja de entender el italiano. Id a Francia, a Inglaterra o Alemania, y procurad haceros comprender en español. No hablo del griego, ni tampoco del latín, porque tales lenguas no tienen casi curso, en el científico mercado.

El estudiante español tiene una maravillosa facilidad de comprensión. Si el catedrático pone empeño en ello, veréis como se enciende en su corazón el entusiasmo; y no hay ciencia árida, pesada ni aburrida, cuando el profesor la expone con el calor, la gallardía, el brío necesario, para encender un combustible que sólo pide un adecuado comburente. ¿Quién no recuerda a Letamendi, arrebatando a sus alumnos, cuando enseñaba Anatomía? ¿Quién ignora que Echegaray es la elocuencia en forma humana, cuando se ocupa, por ejemplo, en problemas de energética? ¿Quién a Rojas Infante há ya olvidado? ¿Quién no goza con las lecciones de Murua, limitadas a explicar Química orgánica? Este relato también resultaría interminable, si tuviese ahora que ir siguiendo, paso a paso, a cada profesor, en cada cátedra.

El estudiante español es expansivo: todo lo que aprende, lo comunica sin tardar. De ahí el sinnúmero de centros escolares literarios, artísticos, científicos, que brotan de esta tierra como brota la hierba, y como salen las flores, en sus amenos y fecundos campos. Así se va formando, sin siquiera él sospecharlo, su intercambio educativo, entre las inteligencias que rápidamente van sintiéndose. De ahí las Academias, Insti-

tutos, Laboratorios, Sociedades, Ateneos, que con tanta profusión se van estatuyendo cada día y que tanto contribuyen a la abundosa cultura general.

Los estudiantes españoles no buscan la inspiración en la *cerveza* ni en la *pipa*. Su bebida intelectual es el café; y los problemas más abstrusos que vienen a ofrecérseles, los resuelven fácilmente entre taza y taza, y contemplando, al parecer abstraídos, las espirales azuladas del humo del cigarro.

Los estudiantes españoles son muy rápidos en todo cuanto se refiera a comprensión sintética. La intuición juega en todos ellos gran papel. Si a veces, por acaso, os parecieren perezosos, dadles un estímulo, y asistiréis a verdaderas maravillas. Decidles que tal punto no se ha hecho para inteligencias españolas; y en el acto saldrán mil soluciones, con procedimientos, muchas veces, por ellos inventados, de los cuales ni harán caso siquiera, ni tendrán cuidado en mencionar, ni se acordarán de ellos, en todos los días de su vida.

Dadas las cualidades de nuestros estudiantes, y dados los defectos inherentes a lo humano, me hice una pregunta en los tiempos ya lejanos, en que comencé a regir mi cátedra; pregunta que me contesté en el momento mismo en que me la propuse y cuya contestación me sirvió entonces, y me sirve todavía, de norma constante, de mi académica conducta. Vi que al estudiante, sólo se le ha hablado de *deberes*, sin quizás acordarnos de que también tiene *derechos*. Los deberes, realmente existen: sin ellos, la disciplina, el orden, la regularidad y, de consiguiente, la enseñanza serían poco menos que imposibles. Pero sucede aquí, señores, como sucede en toda cosa humana; que parece agradable eludir todo deber; y como que las cosas

son, por más que nos obstinemos en no quererlas admitir, si se le dice al estudiante *tan solo*, que tiene el deber de concurrir a clase, encontrará muchas veces agradable, y hasta *heroico*, el dejar de cumplir el Reglamento. Y, así, vemos cada día, que por el más fútil motivo (cuando en realidad motivo existe), los estudiantes organizan fiestas colectivas. Los menos se imponen a los más, y aquellos se figuran haber ganado una batalla, cuando se han visto, durante algunos días, secundados.

El remedio a este estado de cosas, que tanto perjudica a la enseñanza, lo encuentro sencillísimo: lo empiezo siempre, y os aseguro que no me va del todo mal. Les digo que, con su conducta, no solamente faltan al *deber* reglamentario, sino que hacen dejación del *derecho* que adquirieron, desde el día en que se matricularon. Derecho a que; por el coste de la inscripción, los catedráticos les enseñen la respectiva asignatura. Que el triunfo que obtuvieron, al ver cerradas las aulas durante varios días, es semejante al que obtendrían los abonados a un espectáculo, pongo por ejemplo, quienes, para demostrar su descontento al empresario, dejasen de asistir a las funciones; renunciando de hecho y de derecho, a la cantidad que satisficieron, por el abono de la temporada, el mismo día que entregaron a la administración del teatro el importe respectivo de la localidad y entrada.

Además de lo antedicho, nunca he comprendido la importancia que se da, por todo el mundo, a las fiestas colectivas de estudiantes. ¿Hay más, que hacer cumplir el Reglamento? ¿No está, acaso, en él, todo previsto? Basta con que el alumno sepa que renunciando a un derecho, también incurre en la falta de un

deber; y que, irremisiblemente, tocará las consecuencias, así de esta *dejación* como de la de aquella referida *falta*. ¿Acaso se dan las leyes con el solo objeto de que sean eludidas?

XXV

Antes de morir, quiero hacer un *regalo* a mi adorada patria: presente inestimable, que no se mide con el metro, ni se pesa con balanza, ni se calcula por medio del areómetro. Es mucho más valioso que todo esto. Es un homenaje que, en forma de legado, voy en dos palabras a explicar.

No sé si acertaré, con una imagen, a dar colorido y fuerza al pensamiento. Lo intentaré, y resultará cual Dios quisiere.

Como que somos tan ricos, llegamos a rumbosos y confinamos con el vacío eterno de los pródigos. Dejamos caer una a una nuestras glorias, para que otros recogiénolas, con ellas se engalanen, aunque sea zurciéndolas y cortándolas a la moda respectiva.

Así, todos los sabios que aparecieron en épocas históricas, en que España era dueña y señora del país que tuvo la dicha de engendrarles, y que más tarde, por tratados diplomáticos perdió, todas las hemos ido dejando al país conquistador; así como se dejan las piedras, las arenas, los ríos, los mares, los inmuebles, que, por su especial condición, no pueden separarse de la tierra; bienes intransferibles; glorias, que no son susceptibles de catalogarse en inventario; cosas de alma, no cosas de cuerpo.

Y voy ahora a la imagen prometida.

Supongamos (¡Dios nos libre de ello!) que una nación pletórica de indígenas, sale de su cauce y se desparrame por Europa, y llegue adonde llegaron los iberos, los celtas, los celtíberos, los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos y tantos otros, como sucesivamente, por ser tan estimable, tuvieron ocasión de conocerla y codiciarla. Supongamos que esta nación sea la reciente república de la poblada China; que nos invada, nos conquista, nos abrumba con el número, sin que jamás pueda vencernos; que por medio de un tratado en que intervenga el mundo entero se nos asigna como provincia, de aquella república oriental. Supongamos todo cuanto se pueda suponer. Ahora bien; pregunto yo: Si un cronista chino escribiera de cosa de su país, ¿diría por ventura, que estos grandes estadistas que ya fueron, llamados Cánovas, Silvela, Castelar, Salmerón, Sagasta, Moret o Canalejas, eran en realidad hombres, sabios, estadistas, *glorias chinas*?

¿No? Pues, entonces, ¿cómo es que nosotros decimos (en la historia, que enseñanos a españoles), que la Escuela de Montpellier, por ejemplo, rival, en Medicina, de la de París, es escuela francesa, gloria francesa, monumento francés, si precisamente era Montpellier una parte del Condado de Barcelona; luego de la Corona de Aragón; después de España, hasta que ésta lo perdió, como perdió otras cosas, que tanto le hubiera sido conveniente conservar?

Todas las eminencias que florecieran durante tantos siglos en el Rosellón, parte de Cerdeña, Conflent, Vallespir, las perdimos en virtud de un tratado: del tratado de los Pirineos, en el año de 1659.

Si fuimos dueños de la Provenza, del Rosellón,

Foix, Montpellier, desde fines del siglo VIII a principios del IX, ¿por qué no reivindicamos como nuestros, tantos hombres, que al país (al país nuestro), enaltecieron?

Si don Jaime *el Conquistador* agregó a sus Estados los de Córcega y Cerdeña; si don Martín fué rey de Sicilia; si don Alfonso V heredó la corona de Nápoles, de la que dejó por sucesor a su hijo don Fernando; si desde Carlos V nos pertenecía el ducado de Milán, y también Metz, en Lorena; si Felipe II fué dueño de los reinos de Sicilia, Cerdeña, el Milanésado y los Países Bajos; si tantas tierras y tantos mares durante muchos siglos fueron nuestros; ¿por qué motivo aquellos hombres, que nacieron y vivieron y murieron en España, no los hemos de considerar como españoles?

Se comprende que una posesión conquistada, cuya duración sea fugaz, no dé origen a la *constitución* de nacionalidad ninguna; pero ¿cuándo se trata de centurias? ¿Dejará de ser español quién nació en España? ¿francés en Francia? ¿inglés en Inglaterra? ¿alemán en Alemania?

Porque, ¿yo me pregunto: ¿qué se entiende por *nación*? Y veo que es un conglomerado de habitantes, de comarcas, sean las que fueren, mandadas todas ellas por una entidad *Gobierno*. Luego, si el *Condado de Barcelona* gobernó a varias comarcas, si después la *Corona de Aragón*, si más tarde *España* tuvo la representación de este cuerpo político común; entonces me contesto: lo que *fué*, no puede *dejar* en ningún modo *de haber sido*: luego, las glorias representadas y encarnadas en *hombres*, del *Condado de Barcelona*, de la *Corona de Aragón* y más tarde de *España*, son indudablemente glorias nuestras, *españolas*: nadie nos las pue-

de disputar; no hay poder humano que pueda, moralmente, despojarnos de ellas.

A reivindicar, pues, estas glorias, señores catedráticos de *Filosofía* y *Letras*. Yo no hago otra cosa que apuntar a esta honra, pues no me considero capacitado para más; y aun, así, no sé, en verdad lo digo, si realmente estoy capacitado para tanto.

También invoco, para este caso nuevo, al insigne *Claustro de la Facultad de Derecho*. ¿Este pensamiento mío es un delirio? ¿Es, por ventura, un agradable ensueño, vagando el alma por los horizontes de la patria? ¿Es que no tiene fundamento legal en que apoyarse, razón en que basarse, arrimo en que la mente pueda asirse, lógica, sentido, fuerza, sensatez, que puedan, cuando menos, convertirle, sino en hecho probado, siquiera en contravertible y discutible?

Vosotros podréis, en todo caso, decíroslo: yo, como les decía a otros dignos compañeros, no puedo hacer otra cosa que expresar una esperanza, y a vuestra competencia y patriotismo sujetarla. Si resultare defraudada... ¡un desengaño más!; si, por fortuna, realizada, ¡cuál no fuera, señores, mi alegría, en haber podido trabajar otra vez en pro de España!

XXVI

Recordemos todos al despedirnos, catedráticos y alumnos, y los que tanto nos honráis asistiendo a *nuestra casa*, lo mucho que ha valido y lo que vale nuestra patria.

No olvidemos jamás que dióle al mundo entero una ciencia y una literatura que se habían perdido por completo.

Casi toda la ciencia griega fué *evocada* por los sabios musulmanes españoles, los cuales introdujeron grandes mejoras al efectuar la traducción. Las Escuelas que los árabes tenían establecidas en España, gozaron de tal renombre y de tal fama, que desde los puntos más remotos de la vieja Europa acudían maestros para ser discípulos. De España salían enseñados; y, de regreso a sus hogares, iban difundiendo, como reguero intelectual, las ciencias, las artes, la literatura, la filosofía, que en España supieron aprender.

Otros españoles hicieron más aún. Viajaron por su cuenta, con el solo objeto de *enseñar a Europa*. Los rabinos españoles, que fueron los más sabios de la Europa entera, se dedicaron especialmente a estas peregrinaciones de invención reciente.

Entre todas las del mundo, fué España la nación en que abundaron más las enseñanzas; la que mayor número de Universidades albergó en su seno, la que no contenta con los elementos propios de su fecunda tierra, llamó a su seno a los profesores extranjeros que creyó podían a su vez enseñar algo. Así vemos que Universidades tan antiguas como las de Palencia, Sevilla, Murcia y otras muchas, van convirtiéndose en centros de atracción, no solamente de cultura indígena, sino también del gran saber exótico.

Los catedráticos abundaron tanto, que se contaron por legiones. Y, si fijamos la especial atención en este punto capital, nos preguntaremos muchas veces si tan excelsos hombres eran eminencias porque fueron catedráticos, o si eran catedráticos porque fueron eminencias.

Esto ocurrió siempre; y, para que más se destaque la pregunta, llegemos desde aquellos tiempos a estos

tiempos. Recordemos algunos tan siquiera de los que ayer murieron, a la mayor parte de los cuales casi todos los presentes conocimos. Rindamos homenaje con el hecho sólo de nombrarles, a esas grandes figuras de la cátedra que un día se llamaron Castelar, Moret, Moreno Nieto, Letamendi, Bergnes, Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo, Salmerón, Monlau, Somoza, Cortada, Rubió y Ors, Yañez, Coll y Vehí, Mata, Durán y Bas, Giné, Javier Llorens, Benot...

Y, cuando nos habremos transportado a estas regiones ideales del recuerdo, pensemos, con mayor convicción, si esto es posible, en lo que vale España en el concepto intelectual. Si las producciones del espíritu fueran susceptibles de pesarse y de medirse, no necesitaría España del esfuerzo colosal de Breno, para que la balanza se inclinara y el platillo intelectual se bajara, *hasta hundirse en las mismas entrañas de la tierra*. Así rescataríamos los impagables tesoros que se nos han negado y se nos niegan aún.

XXVII

También me despido de vosotros los hispanóforos recalcitrantes. Pensad bien en lo que estáis haciendo: si sois españoles, conservad un poco de cariño a vuestra patria. Pensad en que el análisis mata: la etimología ya nos dice su carácter destructor. La síntesis vivifica, porque constituye la unidad del ser. El vivo es un todo; el muerto es un conjunto de diversas partes. Así, si habéis de entretener el tiempo analizando todo lo que se hace en las Universidades es-

pañolas, y provistos de un libro de memorias ir apuntando tal o cual deficiencia que en tal o cual concepto vuestro se ofreciere; y después sólo os ocupáis en lo que os parezca defectuoso, haciendo caso omiso de la gran riqueza de enseñanzas que en todas ellas se están dando; entonces imitáis a esos seres anaerobios que huyen de la luz, de la frescura, de la limpieza, porque todo esto los mata, y van a buscar la obscuridad, en la podredumbre, porque allá encuentran su vida, sus goces, sus placeres, sus recreos, su pasado, su presente y también su porvenir.

Los que dicen que en España no se enseña, son ciegos protestando de que existe luz. Como no la ven, la niegan. Como algunos hispanófobos no saben lo que en las cátedras se hace, protestan de que en ellas se haga algo. Aun cuando asistieran, negarían la enseñanza, pues que sus cerebros no están tal vez capacitados para comprenderla. Pretended enseñar a un hotentote la geometría en el espacio, y sólo reaccionará *abriendo la boca*, ya que *no podrá abrir el cerebro*, para que penetre en él esta enseñanza. Preguntad a estos señores que tanto nos denigran, si son capaces de comprender lo que censuran, si entienden lo que significa censurar, si os podrán señalar una sola deficiencia; si piensan, si entienden, si juzgan, si conocen algo. Y entonces, cuando por una sola contestación (bajándoos hasta el suelo) habréis medido su estultez, os quedaréis asombrados de que en una cosa tan pequeña, como son los sesos, quepa una cosa tan grande como lo es, sin duda alguna, la inconmensurable extensión de su ignorancia.

No nos dejemos deprimir por nada ni por nadie. Pensemos, no ya tanto en lo que somos, sino en lo que,

en realidad, representamos. Pensemos que en nosotros vive la Universidad de Barcelona. No olvidemos, ni lo que fué, ni lo que es tan grande Escuela.

Tengamos presente que *nobleza obliga*, y que a la ciudad de Barcelona en todos tiempos se le concedió elevado rango. Que lo más antiguo que se conoce, entre nosotros, en industria, en navegación, en comercio general, corresponde a Barcelona; pues en el año de 800, era ya conocida como manufacturera, marítima y mercantil. No olvidemos el apogeo que alcanzó su industria en los siglos subsiguientes; en el del desarrollo tan grande de las Artes, que cuando reinaba el gran don Jaime, llegó a ser esencialmente artística, así como eminentemente literaria; iniciada esta faz nueva por el Rey Conquistador, en su hermoso *Llibre de la Sabiesa*. Tengamos presente, al propio tiempo, que su puerto, durante dos siglos enteros, fué el puerto principal de todo el Mediterráneo.

Sepamos que cuando las ciudades principales eran en sus calles focos inmundos de heces, y de lodo, Barcelona tenía ya las cloacas de la Rambla, en las que, como ninguno de vosotros ignoráis, pasa sin dificultad ninguna, un jinete cubierto con su casco; y que tan grandiosa construcción data nada menos que de 210 años antes de nuestra era, habiendo sido fabricada por aquella raza de hombres; que en toda gran ciudad dejaron grandes huellas.

Digamos, señores, como dijo el Rey don Martín de Aragón al terminar el Discurso de apertura de las Cortes celebradas en la villa de Perpiñán, en elogio de los catalanes, en el día 28 de enero del año de gracia de 1406:

Alzad, alzad vuestras banderas, pues sois dignos de poseer el Principado de Cataluña.

Alzad, alzad, vuestras cabezas, os digo yo, sin otro título que el de admirador de vuestros hechos, pues sois dignos de formar parte de los nueve varones de la fama, de los hombres de la ciencia, de la vanguardia europea: no os dejéis postergar por nada ni por nadie; pensad en quienes sois y en la noble raza que representáis. Erguid la frente, la cual no ha de bajarse ni ante el radiante sol de nuestra tierra. Mirad siempre hacia adelante; y *ruín sea quien por ruín se tenga.*

LA CLAVE DEL DISCURSO

Si bien no es costumbre hacerlo en escritos de este género, estimo no obstante procedente resumir la *idea* de un *discurso* tan extenso, echando mano de un *sintético* artificio. Así, concentrando el pensamiento adquirirá mayor vigor para penetrar hasta la médula de las recónditas regiones, en que se aposenta y refugia nuestro espíritu. De igual manera una lente convergente, recogiendo los dispersos hacecillos de la luz, los concentra todos en un punto solo, en virtud de cuyo fácil mecanismo, adquieren un poder tan sorprendente, que el tibio sol de invierno, apenas percibido por la piel, se convierta en fuego tan intenso, que llegará a carbonizar el combustible, que a su paso se le atreva a interponer. Así, según imagen bíblica, murieron abrasados frente a frente a la *mirada* del Criador, a la manera de una paja tocada por el fuego aquellos hombres malos, que, contra su bondad, pecado habían.

Este es el poder de la síntesis: poder que en ocasiones, viene a hacerse verdaderamente formidable.

Ahora bien: ¿por qué motivo me he extendido tanto, exponiéndome a cansar y molestar a esta Asamblea?

En dos palabras quedará contestada la pregunta.

Entre los que dicen que en España no se enseña y no se sabe, hay algunos, sin embargo, *a quienes respeto mucho y en sumo grado considero*. Me refiero a aquellos hombres que, amantes de la patria, entienden que para estimularla, se la debe sujetar a un tratamiento enérgico. Esperan que al dolor producido por el *golpe*, seguirá necesariamente la *reacción*.

Yo no tengo confianza en tal ensayo. Porque, si se admite que España *no tiene pulso*, que es un pueblo *moribundo*, que *no está capacitado* para cosas de ciencia, o de cualquiera otra gran cultura intelectual y esto lo han dicho estadistas eminentes; si tal cosa es por nosotros aceptada, ¿cómo esperaremos la reacción de un pobre cuerpo, a quien se le está escapando a toda prisa el *alma*?

Mi sistema es el sistema opuesto: partir del principio de que no carecemos de pulso, de vigor, de capacidad, de nada de lo que poseen las naciones que van al frente del progreso: decirle al alumno de esta tierra, que en nada es inferior a los alumnos de otras tierras; que en las cátedras *se le enseña*, y que él, a su vez, en nuestras cátedras *aprende*. En una palabra: infundirle *aliento* en vez de echarle arroyos de agua al fuego juvenil de sus iniciativas y entusiasmos.

Pero *hablarle la verdad*; esto es, que nuestra enseñanza existe, que si ella es buena, que si para el alumno resulta apovechada, *no suponemos con decir tal cosa que no pueda ser mejor*. Tan sólo en el concepto de refrán (para uso exclusivo de almas encogidas), puede tener curso legal el vulgarismo, de que *lo mejor es enemigo de lo bueno*.

En la vida real constantemente tenemos que aspirar a mejorar: por bueno que, en cualquier concepto creamos ser lo que nosotros producimos siempre *hemos de empujar lo bueno hacia lo mejor*; con vistas constantes a la realización de lo *óptimo*. Esta es la *fórmula*, según yo la concibo, de lo que hemos con venido en denominar *progreso*.

Así, dando por sentado que *enseñamos*, hallámonos de hecho autorizados para *pedir enseñar más*. El propio Reglamento nos indica ya el camino: exponer cada año, a la *Superioridad*, lo que nos falta a cada cátedra, a cada Claustro, a cada *Universidad*, para que la enseñanza esté bien atendida. La Superioridad, sea cual fuere el gobierno que nos rija, *siempre es española*; pues que está formada de cabezas y de corazones españoles. Ella sabrá comprendernos. Y, cuando lea el *Inventario de carencias* de cada una de las respectivas disciplinas, no dudo yo, ni por asomo, que sabrá atender a nuestro ruego.

Entonces podremos llegar a la posesión de esos admirables *arsenales* de que la ciencia dispone en todas las Universidades, ya del antiguo como del nuevo continente. De los medios de acción que entre nosotros, en realidad, escasean, y que requieren ser suplidos con esfuerzos colosales de nuestros catedráticos; de la multiplicidad y propagación de las operaciones y otros artificios prácticos, que dan rapidez al juicio, retención a la memoria, flexibilidad a los dedos y cierto *automatismo psicológico*, que no se explica pero se comprende, atendiendo a que se adquiere un *hábito* que a fuerza de repeticiones, viene a dejar su *específico surco* en el cerebro, ahorrando de este modo a nuestro espíritu el trabajo de estar labrando

en cada caso nuevo, en esas *tierras* de las regiones grises, de la capa cortical del hemisferio.

¿Qué hay Universidades (muchísimas) en las que disponen de más elementos que en las nuestras? ¿Quién pretende lo contrario? Eso fuera negar la realidad. Pero que entusiasmados nosotros ante el espectáculo de *esos palacios del experimento*, caigamos y hagamos caer a los discípulos en el escepticismo más completo respecto a lo que nuestro país podrá dar jamás de sí... esto, señores, ya es cosa distinta. Esto es decirle al enfermo que jamás podrá sanar, al pobre que jamás enriquecer, al ignorante que jamás podrá ser sabio, al niño que jamás podrá llegar a la adultez. Y cuando el enfermo lo es de mal curable; el pobre posee un capital de actividad; el ignorante tiene anhelo de saber y el niño va gallardamente creciendo para adulto... ¿no es una equivocación conducirle hacia la *abulia* en lugar de proveerle de energías, para que la *abulia* venza, y *clave* en el sitio que ocupaba (siempre firme, siempre sólida, siempre enhiesta) la refulgente bandera de la invencible voluntad?

Pero... ¿Y si por acaso el sujeto no está enfermo, si no es pobre, si no es ignorante, si ya tampoco es niño?

Pensad señores, los que opináis por el procedimiento opuesto al que propongo; y decidme: ¿quién entre vosotros, en este especial caso, se equivoca? Como sois sabios y sois patriotas, no puedo dudar de lo que vuestra conciencia propia os dictará.

¿Me equivocaré yo acaso? ¡Dios no lo permita!

Paréceme que en mi alma siento que no lo habrá de permitir. En su inefable inteligencia conocerá,

en mí, buena intención. Y Dios atiende a las buenas intenciones. Verá que este *Discurso*, por pobre que aparezca, viene a ser el estallido de un corazón amante, hasta el exceso, de su tierra. Verá que mis creencias son leales; nobles mis deseos, desinteresada mi pasión. Verá lo que vosotros si es que he sabido dar expresión al sentimiento, habréis, sin duda alguna, visto ya. Verá que me he propuesto:

Hacer amar a nuestra hidalga tierra en su pasado y así también en su presente, por todos sus hijos, muchos de los cuales apenas la conocen. — Destruir prejuicios de tendencia antipatriótica. — Protestar con toda la energía imaginable de la nota injusta de nulidad supuesta (que se ha lanzado por pocos, y por muchos propagado), a la brillante página de las Universidades españolas. — Enaltecer, con España, la ciencia que se da y se aprende en ella. — Aconsejar a los alumnos, de cualquier carrera, que sigan aquí las enseñanzas. — Que terminados los estudios, vayan, los que pudieran, a estudiar allí. — Que, si son bastante ricos para tanto viaje, se dirijan desde allí o desde acá, a perfeccionarse allá. Significando aquí o acá España: allí, Europa; allá, las extensiones indeterminadas de la América docente.

Entiendo que si los catedráticos aconsejamos lo contrario, incurriremos en el imperdonable pecado de *suicidio* de las Universidades españolas; pues, al fin y al cabo, el conjunto de nosotros, somos, de ellas, el *momento actual*. Y ¿quién resucitaría después un cuerpo muerto? ¿Quién devolvería la vida intelectual a nuestra patria? ¿Gente nueva? ¡Pero si ésta procede de la vieja! ¿Se ha visto, acaso, un hijo que no fuera engendrado por un padre?

Al terminar, debo declarar sinceramente que en toda frase dura y en cualquier concepto del *Discurso* que pudiera representar carácter de censura, de reprobación o de disgusto (ya que para nadie de ofensa personal), nunca me dirijo a los hombres ilustrados, capaces de sostener, con razonamientos, su opinión. Me refiero solamente a los *analfabetos*, que hablan mal de las cosas españolas, y hacen alarde de ser malos españoles, como a forma de deporte o desahogo de sus inteligencias específicas, las cuales por falta de cultivo, no pueden dar frutos que lleguen a sazón, sino cizaña ponzoñosa en el vasto campo del mundial progreso.
